

Carlos Skliar

**LA INTIMIDAD Y
LA ALTERIDAD**

**(EXPERIENCIAS
CON LA PALABRA)**



COLECCIÓN
EDUCACIÓN:
OTROS LENGUAJES



Directores de la colección:

Jorge Larrosa
(Universidad de Barcelona, España)

Carlos Skliar
(FLACSO, Área Educación, Buenos, Argentina)



Diseño: Gerardo Miño
Composición: Valeria Pérez Margolis

Edición: Segunda, noviembre de 2011
[1ª edición, octubre de 2005]
Tirada: 30 ejemplares

ISBN: 978-84-92613-67-6

Lugar de edición: Buenos Aires, Argentina

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

© 2011, Miño y Dávila art / © 2011, Miño y Dávila editores SL

MIÑO y DÁVILA
EDITORES

Página web: www.minoydavia.com
Facebook: <http://www.facebook.com/MinoyDavila>
Mail producción: produccion@minoydavia.com
Mail administración: info@minoydavia.com
Oficinas: Tacuarí 540
(C1071AAL), Buenos Aires
tel-fax: (54 11) 4331-1565



LA INTIMIDAD Y
LA ALTERIDAD

(EXPERIENCIAS CON
LA PALABRA)

Carlos Skliar

Índice

Prólogo

Una experiencia sensible de la lengua

Presentación (o advertencias)

La intimidad y la alteridad (Experiencias con la palabra)

I. La huella y la oquedad de las palabras

II. Incorporar los cuerpos

III. Descomponer(se) el pensamiento

IV. Mirar la mirada

V. Tiempos y destiempos del amor

VI. Contradecir lo dicho (y viceversa)

VII. Desmesurar el tiempo

VIII. La poética que es del otro

IX. El desuso de los valores en uso

X. Postergar la muerte (sabiendo de la muerte)

Epílogo (o inadvertencias)

Bibliografía

Prólogo

Una experiencia sensible de la lengua

Leer es entender, y leer bien es entender malentendiendo. La historia de las lecturas de cualquier texto es la historia de sus buenos malentendidos. Tenemos que aprender, entonces, el arte de malentender bien, es decir, el arte de malentender creativamente, con imaginación, jugando con el sentido, desplazando o pervirtiendo el sentido, asumiendo riesgos. Pero hay libros que, además de intentar entenderlos o malentenderlos, merecen ser escuchados. Hay libros que suponen modos de receptividad que desbordan la comprensión porque van más allá del entender o del malentender. Hay libros que lo que nos piden es que concentremos la atención, que afinemos el oído.

La intimidad y la alteridad (Experiencias con la palabra) es uno de esos libros que nos hacen atender no sólo a lo que tienen de inteligible, o de ininteligible, sino sobre todo a lo que tienen de sensible: a su tono, a su ritmo, a sus modulaciones, a la calidad de sus silencios. Uno de esos libros que están escritos con una lengua carnal y estremecida, temblorosa. Uno de esos libros en los que las palabras son cuerpo y se hacen cuerpo. Uno de esos libros

en los que la escritura no renuncia a la voz porque es voz y porque se hace voz. Uno de esos libros que ponen a prueba nuestro oído, nuestro oído vibrante y resonante, tembloroso.

La lengua es cuerpo, el oído es cuerpo, la voz es cuerpo. La subjetividad es cuerpo vivo, sensible, expuesto a la caricia y a la herida, mortal. La voz es la marca de la subjetividad en el lenguaje. O la marca del lenguaje en la subjetividad. Por eso la voz no sólo tiene que ver con la boca o con la oreja, sino con todo el sujeto. En la voz, es el sujeto mismo el que está en juego. No el individuo, sino el sujeto. Personal e impersonal al mismo tiempo. Singular y plural al mismo tiempo.

La voz, en este libro, es una lengua que deviene un sujeto o un sujeto deviene una lengua, convirtiéndose ambos, el sujeto y la lengua, en una singularidad cualquiera, a la vez presente y ausente, que firma Carlos Skliar.

En su *La intimidad y la alteridad (Experiencias con la palabra)*, Carlos Skliar las toca con la punta de la lengua para explorar su textura, su sabor, su densidad. Y las hace sonar hacia dentro del oído para captar sus resonancias, sus ecos, sus oquedades. Pero también las piensa y las hace pensar. Para pensarse en ellas, para hacernos pensar con ellas, para experimentar lo que las palabras tienen de pensamiento. No de ideas, sino de pensamiento. La voz, en este libro, es una voz que dice pensando. Tal vez no sepa lo que dice, pero lo piensa. Y nos lo da a pensar.

Escribir, aquí, y pensar, no es ordenar las ideas o disponer las palabras, sino asomarse a un pozo, tantear las orillas de un abismo. Tocar temerosa y temerariamente el abismo del lenguaje y el abismo del pensamiento. Y esperar a que algo, quizá una voz que piensa o un pensamiento que habla, respondan desde lo hondo, desde lo oscuro. Y escribirlo. Y pensarlo. Y escribirlo.

Las palabras de Carlos, o las palabras que le hablan a Carlos y, a través de Carlos, a nosotros, a sus lectores y a sus oyentes, tocan el amor, el tiempo, la muerte. Tocaban la vida, que es irrupción del otro, y tocan al otro que es irrupción de vida. Se dejan tocar por el amor, por el tiempo, por la muerte, por el otro, por la vida. Por eso son una poética. Que es al mismo tiempo una forma de vida: una poética de la existencia.

Extraño oficio éste de experimentar palabras. Leer y escribir. Aprender a leer y a escribir cada vez que se lee o que se escribe. Hablar y escuchar. Preguntarse qué es hablar cada vez que se habla y qué es escuchar cada vez que se escucha. Y pensarlo. Y escribirlo.

Extraña pasión la de experimentar las palabras pensativamente, extraña forma de vida. Buscar una voz en el lenguaje y una lengua para la voz. Tratar de construir textos que no sean completamente afónicos y tratar de construirse en ellos. Poner el cuerpo en el lenguaje y el lenguaje en el cuerpo. Dejarse conducir por un ritmo, detenerse en un silencio, deslizarse en la oscilación de los

tonos, modularse en una melodía. Intentar una y otra vez que las palabras piensen y hagan pensar. Hacer que las palabras toquen de algún modo la vida, que se hagan vida, y hacer que la vida toque de algún modo las palabras, que se haga palabras.

Extraño temblor éste de experimentar sensiblemente las palabras. Esperar a que tal vez, algún día, un pensamiento venido de no se sabe dónde se deje atrapar en una frase venida de no se sabe qué. O al revés. Y vivirlo. Y escribirlo. Extraña forma de amor, de amistad. *La intimidad y la alteridad (experiencias con la palabra)*.

Jorge Larrosa.

Barcelona, octubre de 2004.

Presentación (o advertencias)

- I. Aquello que no pude escribir en estas páginas, jamás podré escribirlo en otras páginas.
- II. En cuanto a aquello que creo sí pude escribir, jamás podré o querré repetirlo.
- III. Nada de lo que aquí está escrito, podrá ser utilizado para adornar afiches en cuartos de adolescentes.
- IV. Toda la escritura aquí reunida fue producida estando yo sentado. Por lo tanto no puedo asumir como propia la experiencia de Lichtenberg cuando dice: *“He percibido con absoluta claridad que mi opinión es distinta cuando estoy acostado que cuando estoy de pie”* (Lichtenberg, 2001:46).
- V. Tampoco he podido confirmar, en ese mismo sentido, aquello que comenta Cioran: *“Tomo **de pie** una resolución; me acuesto y la anulo”* (Cioran, 1990:53).
- VI. Afirmando que, en este libro, intervienen todas las palabras de las que dispongo.
- VII. Por motivos que no consigo precisar, no encontrarán en estas páginas, entre muchas otras, las siguientes palabras: “industria”, “mayoría”, “medicina”,

“esperanto”, “crítica”, “bonhomía”, “noticia”, “empleo”, “madurez”, “zoológico”, “erudición” y “asequible”.

VIII. Por motivos que tampoco consigo precisar, esas palabras son muy fácilmente encontrables en otros textos.

IX. Los ensayos y la poética fueron escritos directamente en el computador. Los aforismos, en cualquier trozo de papel, a cualquier hora del día. Y en cuanto a algunas (pocas) notas filosóficas... todavía estoy en deuda con ustedes.

X. Buena parte del tiempo en que pasé escribiendo estos textos, consistió en hallar un modo de separar los ensayos de la poética de los aforismos de las notas filosóficas. Como se podrá apreciar: apenas los aforismos, y no siempre, lograron una cierta -aunque provisoria y por demás artificial- independencia.

XI. Del resto, fue la propia incompletud de la lengua la que se encargó de confundirlos (y de confundirme).

XII. En el largo proceso de escritura todos mis diccionarios fueron puestos en cuarentena.

XIII. La única excepción fue la de *El diccionario del Diablo* de Ambrose Bierce (1986).

XIV. En cuanto a los libros pálidamente técnicos, rigurosamente disciplinares y ferozmente metodológicos, ellos por sí solos me dieron la espalda.

XV. En este recorrido sinuoso de la lengua, me encontré con muchas palabras que insistían en participar del texto. Y decidí ignorarlas. También fui encontrado por muchas otras palabras que querían huir del texto. Y no pude ignorarles su deseo.

XVI. Los “temas” están separados por apartados. Exactamente todo lo contrario de lo que ha ocurrido, ocurre y ocurrirá en mi vida cotidiana.

XVII. Mi más sincero agradecimiento a aquellas ignotas personas que, pasando casualmente cerca mío, arrojaron palabras que hoy pueden ser también mías.

XVIII. No tengo recelos en ser mal interpretado. Preferiría, en todo caso, no ser bien interpretado.

XIX. Estoy absolutamente de acuerdo con Elias Canetti, cuando dice: *“Uno debe terminar antes de haber dicho todo. Algunos lo han dicho todo antes de empezar”* (Canetti). Y supongo que me encuadro, aunque sólo parcialmente, en la última parte de su aforismo.

XX. No pretendo, con estos textos, que se me exalte o que se me vitupere. Simplemente, me gustaría apenas seguir viviendo.

XXI. Me declaro, a partir de ahora, incompetente para explicar algo de lo que aquí está escrito.

XXII. También me declaro, en este instante, responsable absoluto de mi escritura (en la medida en que ello fuera,

digamos, factible).

XXIII. Por último, quisiera declarar, pero no jurar, que soy todo lo que aquí digo y también, todo lo que aquí silencio.

XXIV. Y advertencia final: todo el estilo y el tono de lenguaje que *he usado* en estas advertencias, no coinciden en nada con el estilo y el tono con el que *fui utilizado* en el interior de este libro.

La intimidad y la alteridad (Experiencias con la palabra)

Tal vez en estas *Experiencias con la palabra* pueda descubrirse un cierto tipo de zozobra, una cierta forma de naufragio, un temblor, un cierto modo de deambular por las palabras y con las palabras, que resulte quizá algo extraño e inquietante: la experiencia de la intimidad y de la alteridad de las palabras, al mismo tiempo, en el mismo tiempo. Una palabra que, a partir de la incomodidad de la palabra, realiza un tránsito, casi siempre, entre la intención libertaria del ensayo, la tentativa infructuosa de algunas notas filosóficas, la inestabilidad voluntaria de la poética y la dureza, esa dureza roedora, de los aforismos.

Sin embargo no habrá, a seguir, ninguna pretensión ni pleitesía a la palabra, ninguna teoría *razonable ni novedosa* sobre el ensayo, ninguna explicitación *metódica* acerca de la poética, ninguna descripción *comprendiva* alrededor de los aforismos, ni ninguna justificación *sistemática* en torno del probable sentido de las (pocas) notas filosóficas que aquí presento.

No podría haberlo. No podría hacerlo.

Aun cuando he pasado los últimos dos años *no haciendo otra cosa que haciéndolo*, carezco de toda comprensión

puntual y reflexiva al respecto de saber algo sobre aquello que he hecho. Más aun: no dispongo de ningún discurso racional, técnico y/o disciplinar que pueda aproximarse, inclusive mínimamente, a esa incompletud de la lengua a partir de la cual, y por la cual, he escrito estas palabras.

Por el contrario, seguiré haciendo en esta presentación lo mismo que hasta ahora creo haber hecho, esto es, la de convivir con una sensación que me es y que me ha sido del todo inabordable por mi propio pensamiento: la de someterme, sin más, a la tiránica amorosidad de las palabras. Palabras que, por sí mismas, en sí mismas, desde sí mismas, no saben ofrecer más que sus innúmeras vidas, pero sin darnos noción alguna, explicación alguna, teoría alguna, sobre sus propias vidas.

Sólo habrá y haré, aquí, algunos esbozos con las palabras, esbozos que intentan explicar, ya tardíamente y desde una obvia lejanía e infidelidad, mis acotadas e impuntuales *experiencias con la palabra*.

La intimidad y la alteridad (Experiencias con la palabra) no es otra cosa que una imposibilidad de la escritura en la propia escritura.

La intimidad y la alteridad (Experiencias con la palabra) es la imposibilidad de mi escritura en mi propia escritura.

Diría que se trata de un *no poder decir diciéndolo*. Que se trata de un *no poder escribir escribiéndolo*. O bien: la expresión de un movimiento de palabras bajo todos los aspectos efímero, sinuoso y fragmentario, que sólo ha

podido sobrevivir conservando para sí, en su ética y estética de exterioridad, en su tosca materialidad, su más genuina, su más extensa y su más dolorosa incompletud.

La intimidad y la alteridad (Experiencias con la palabra) no es nada más que un conjunto provisorio, más o menos ordenado en el desorden, de obsesiones, de pasiones, de ambigüedades y de ambivalencias con aquello que, creo, es la palabra, son las palabras.

Diría, también, que se trata de un laberinto construido a partir de aquello que las palabras hacen con nosotros y aquello que nosotros, suponemos, también hacemos con las palabras. Un laberinto que no pretende reencontrarse, sino más bien que busca el perderse de vista, alejarse de toda rápida e ingenua salida.

Palabras de cuya invención u origen puedo declararme inocente, y de cuyos extraños movimientos -siempre inquietos y siempre inexactos- debo declarme, asimismo, irresponsable.

Palabras que, en sus huellas u oquedades, me impulsaron a un danzar con las palabras o, como bien lo decía Nietzsche: *un danzar con la pluma*.

Una danza, es cierto, que a veces me dejaba tercamente inmóvil; que otras veces me obligaba a un movimiento del todo grotesco; y que en la mayoría de las ocasiones obedecía a un gesto más próximo a un ritual inexplicable, indefinido, interminable.

La intimidad y la alteridad (Experiencias con la palabra) tiene mucho más que ver con un asombro inicial con la palabra, con un inesperado encuentro con la palabra, con una suma indescifrable de vanos silencios y extrañas pronunciaciones. Y se relaciona mucho menos -pero muchísimo menos- con un pensamiento posible, cadencioso, serio y duradero acerca de la palabra.

Digo que la intimidad y la alteridad de las palabras, que las experiencias con la palabra es una imposibilidad posible de la lengua. Una suerte de condición de imposibilidad que ha hecho posible la irrupción, inesperada, de la lengua. De mi lengua. Imposibilidad cuya contracara ha sido, justamente, estas y no otras palabras.

Palabras que, como tantas otras, tal vez podrán dejar la huella y la oquedad de las palabras, incorporar otros cuerpos, descomponer(se) el pensamiento, hacernos mirar la mirada, intuir la poética que es del otro, desmesurar el tiempo, contradecir lo dicho (y viceversa) y postergar la muerte sabiendo de la muerte. O palabras que, como tantas otras, seguirán con su destino irremediable de no ser otra cosa que la falta de palabras, no ser más que el desvío torpe y ficcional de las miradas, la caducidad de los cuerpos, la torpe mismidad de la lengua, el imperio tiránico del sólo pensar, la irremediable y obligada cercanía de la muerte.

Habrá y haré, aquí, una insospechada sucesión de experiencias con la palabra. Experiencias como ensayos,

como poética, como aforismos y como algunas (pocas) notas filosóficas. Las fronteras entre esas experiencias – sean disciplinares, lingüísticas, estéticas– suelen ser por demás confusas, por demás aparentes, o bien, simplemente, aleatorias. Más que una delimitación, se me ocurre que entre ellas discurre, sigilosa, una cuestión de tonos y de modos, una razón irracional de ritmos, una mayor o menor magnitud de cadencias.

En *La intimidad y la alteriad (Experiencias con la palabra)*, las palabras se encuentran separadas sólo por el agotamiento, por la fiebre o por la brutalidad de mi ignorancia (y, claro está, por el capricho, o por la opacidad, o quien sabe si por la propia densidad de las palabras).

Y repito: si las palabras que siguen han sobrevivido a la obsesión de la escritura y de su egocéntrica e infinita corrección, es quizás por la paradoja de que al mismo tiempo mueren porque están escritas y que viven o sobreviven, justamente, por esa misma razón. De esa posibilidad, así del todo imposible, nacen las *experiencias con la palabra, nacen mis experiencias con la palabra*.

Hay aquí, sobre todo, una cierta imposibilidad que se ofrece, que se da a leer. Un dar la incompletud de la palabra. Un desesperado intento de brindar lo que hay de efímero en la palabra. De ofrecer la palabra, antes que se desvanezca.

Porque las palabras se esconden sin cuidado. Porque: *“Las palabras me esconden sin cuidado”* ¹ (de Barros, 1988).

Entonces: no hubo ni hay ensayo porque yo fuese o sea o quisiese o pudiese ser, digamos, un ensayista.

Hubo y hay ensayo, eso sí, toda vez que abandoné cualquier pretensión de sistema o dogma, cuando no tuve más remedio ni más posibilidades que atravesar, a tientas, todas y cada una de las fronteras de la lengua -de mi lengua-, todas y cada una de las fronteras de las palabras -de mis palabras-. Y porque las palabras así lo pedían. Pedían no encuadrarse ni sujetarse en el arte, en la moral, en la ciencia, ni en nada. Pretendían, con su sinuosidad, seguir siendo, solamente, simplemente, trágicamente, amorosamente, palabras.

Y no hubo ni hay poética porque yo fuese o sea o quisiese o pudiese ser, tal vez, un poeta.

Hubo y hay poética, eso sí, cuando quedaba yo indefenso, inmóvil, aturdido, de frente a aquello que Juarroz define como una *“explosión de ser por debajo del lenguaje”* (Juarroz, 1980:75), que es la poesía. Por debajo del lenguaje. No antes del lenguaje, en la premeditación o la insulsa absorción del lenguaje. En esa estampida de las palabras hacia una disposición única, tan reconocible como inesperada.

Y no hubo ni hay aforismos porque yo fuese o sea o quisiese o pudiese ser, quizás, un escritor de aforismos.

Hubo y hay aforismos, eso sí, cuando cada palabra me pareció, en sí misma, extrañamente única e indefinible. Cuando las palabras se regían más por su posible implosión que por su acechante explosión. Cuando las palabras reclamaban una cierta celeridad de sentido y se altopaban, tensas, esperando una escena concluyente, una escena final (aunque, desde ya, apenas y provisoriamente acabada).

Y no hubo ni hay algunas (pocas) notas filosóficas porque yo fuese o sea o quisiese o pudiese ser filósofo.

Hubo y hay algunas (pocas) notas filosóficas, eso sí, cuando las palabras algo me decían sobre el Origen, el Destino y, tal vez, acerca de la Vida y la Muerte y la Nada, o quizás sobre el Tiempo y su imposible y posible traducción. Allí, cuando lo que estaba juego era más el (aparente) Ser que su palabra, o bien cuando el (aparente) Ser y la palabra se confundían en un mismo y sofocante estentor.

Siguen, entonces, unas pocas notas para explicar, para explicarme, las experiencias con la palabra.

Explicación que no va a calmar la ignorante ansiedad de la explicación. Explicación que no será comprendida en la agonizante disposición de la comprensión.

Explicar una experiencia que aún hoy, me resulta intensamente, inmensamente e impunemente, inexplicable.